

Al volverme, vi á Chateau-Renaud tendido en el suelo, muerto instantáneamente, sin haber exhalado un suspiro ni haber hecho un movimiento.

Arrastrado por la invencible curiosidad que nos impele á seguir hasta el fin una catástrofe, me acerqué al cadáver, y vi que la bala le había entrado por la sien, en el mismo sitio que Luciano indicara.

Luego me acerqué á Franchi, que se había quedado tranquilo é inmóvil, pero que al verme venir dejó caer su pistola y se arrojó en mis brazos, exclamando entre sollozos:

—¡Oh! ¡hermano mío, mi pobre hermano!

Aquellas fueron las primeras lágrimas que vertió Luciano de Franchi.

FIN

OTÓN EL ARQUERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

A fines de 1340, y en fría aunque todavía hermosa noche de otoño, un jinete pasaba por el angosto camino abierto en la margen izquierda del Rhin. Atento á la hora avanzada de la noche y al rápido portante que había hecho tomar, á su caballería, por más que ésta estuviese ya muy fatigada, pudiera uno haberse dado á entender que el jinete iba á detenerse á lo menos durante algunas horas en la pequeña ciudad de Oberwinter, en la cual acababa de entrar; pero no, internóse al mismo paso, y como hombre á quien le son familiares, en un dédalo de tortuosas y angostas calles que podían abreviar algunos minutos su camino, y á no tardar reapareció en el otro lado de la ciudad, saliendo por la puerta opuesta á aquella por la cual entrara.

Como en el instante en que tras el jinete bajaron el rastrillo, la luna, hasta entonces velada, precisa-

mente acababa de entrar en un espacio puro y brillante como apacible lago, en medio de un mar de nubes que desarrollaban por el espacio sus fantásticas olas, nos aprovecharemos de aquel rayo fugaz para dirigir una rápida ojeada al viajero nocturno.

El cual era hombre rucio, de cuarenta y ocho á cincuenta años, de estatura regular, pero de formas atléticas y achaparradas, y, por lo mucho que armonizaban sus movimientos con los de su caballo, parecía que á éste y á él los tallaran en un mismo trozo de peña. Como se hallaba en tierra amiga y, consiguientemente, alejado de todo peligro, el jinete había colgado su casco del arzón de su silla, no quedándole, para preservar su cabeza de la humedad de la noche, más que un pequeño capuchón de mallas forrado de paño, capuchón que, cuando el casco estaba en su lugar ordinario, caía en punta entre los dos omóplatos. Verdad es que prestaba á su dueño el mismo servicio que pudiera haberle prestado el más cómodo tocado, una larga y espesa cabellera, que, además, y como en su marco natural, encerraba su rostro á la vez grave y apacible como el del león.

En cuanto á su calidad, sólo habría sido un secreto para las contadas personas que en aquel tiempo ignoraban la heráldica; porque al mirar su casco, veíase surgir de él, al través de una corona de conde que le servía de cimera, un brazo desnudo levantando una espada, mientras en el otro lado de la silla brillaban, sobre campo de gules, en la rodela colgada de frente, las tres estrellas de oro, dos y una, de la casa de Homburgo, una de las más antiguas é influyentes de Alemania.

Si el lector quiere saber más respecto del personaje á quien acabamos de presentar en escena, añadiremos que el conde Carlos llegaba de Flandes,

adonde y por orden del emperador Luis V de Baviera, había ido á prestar el socorro de su valiente espada á Eduardo III de Inglaterra, nombrado diez y ocho meses hacía, vicario general del imperio, y el cual, gracias á las treguas de un año recién firmadas con Felipe de Valois por intercesión de Juana, hermana del rey de Francia y madre del conde de Hainaut, le devolviera interinamente la libertad.

Al llegar á la aldehuela de Melhem, el viajero se desvió del camino que siguiera desde Coblenza, para entrar en un sendero que se internaba directamente en las tierras. Caballo y jinete desaparecieron por una quebrada para reaparecer á poco por el lado opuesto y seguir, al través del llano, un camino al parecer familiar á los dos.

En efecto, á los cinco minutos de marcha, el caballo levantó la cabeza, lanzó un relincho como para anunciar su llegada, y sin que ahora su amo tuviese necesidad de estimularlo con palabras ni con las espuelas, redobló el paso de modo que un instante después perdieron de vista la aldea de Godesberga, escondida en un bosquecillo, y dejaron el camino que conduce de Rolandseck á Boma, para doblar nuevamente á la izquierda y avanzar en derecha al castillo situado en la cúspide de una colina, y que lleva el mismo nombre que la ciudad, ó ya porque lo ha recibido de ella, ó por habérselo dado ella á él.

Desde aquel punto echóse de ver que el término del camino del conde Carlos era el castillo de Godesberga; pero lo que todavía era más seguro, es que aquél iba á llegar á su destino en medio de una gran fiesta. A medida que el conde subía el camino que describiendo una espiral partía del pie de la montaña y afluía á la puerta principal, aquél veía sucesivamente las fachadas derramar luz por todas

sus ventanas, y, tras las colgaduras vivamente iluminadas, moverse muchas sombras que componían variados grupos. No por eso el conde dejó de continuar su camino, por más que hubiese preferido caer en medio de la intimidad de la familia que no en el bullicio de un baile, de modo que, algunos minutos después, entró en el castillo.

El patio estaba cuajado de escuderos, criados, caballos y literas; porque, como va dicho, en Godesberga había fiesta. Así es que apenas el conde Carlos se hubo apeado, cuando se presentó una nube de criados y servidores para hacerse cargo del caballo y conducirlo á las caballerizas; pero el jinete, que no se separaba tan fácilmente como eso de su fiel compañero, no quiso confiarlo á persona alguna, antes bien lo cogió él mismo de la brida y lo condujo á una caballeriza aislada, destinada exclusivamente á los caballos del landgrave de Godesberga.

Aunque admirados de aquel atrevimiento, los criados no se opusieron; y es que el jinete lo hizo todo con tal soltura, que aquéllos dieron por admitido que, al obrar como obraba, el recién llegado estaba en su derecho.

El jinete no pensó en sí mismo hasta que *Hans*, —que así llamaba el conde á su caballo,—estuvo arrendado á uno de los sitios vacantes, y su amo le hubo arreglado la pajaza y henchido de avena y heno su pesebre. Entonces el conde dió unas palmaditas al noble bruto, que interrumpió su ya empezado piensó para responder con un relincho, y encaminándose hacia la escalera principal, al través de una compacta muchedumbre de pajes y escuderos llegó hasta las habitaciones en que en aquel instante se hallaba reunida toda la nobleza de las cercanías.

Carlos se detuvo breve espacio en una de las puertas del salón principal para lanzar una ojeada al cuadro más brillante de la fiesta, que era animada por demás y bulliciosa. Allí se veían jóvenes vestidos de terciopelo y nobles damas de blasonados trajes; y si entre los primeros descollaba por su gallardía el doncel Otón, entre las segundas se llevaba la palma de la hermosura la castellana Emma, hijo el uno y esposa la otra del landgrave Luis de Godesberga, señor del castillo y hermano de armas del buen caballero que acababa de llegar.

Por lo demás, la aparición del conde Carlos dió golpe: de los convidados sólo él se presentaba, como Guillermo á Leonor, cubierto aún con su armadura de combate, armadura cuyo sombrío acero hacía singular contraste con los alegres y vivos colores del terciopelo y de la seda. No es de admirar pues que todos convirtieran á él los ojos, menos, sin embargo, el conde Luis, que, en pie en la opuesta puerta, estaba, al parecer, abismado en preocupación tan honda, que sus miradas no cambiaron de dirección.

Carlos, al ver á su antiguo amigo, sin preocuparse más que con lo que preocupado le tenía, dió la vuelta por los contiguos aposentos, y tras una encarnizada pero victoriosa lucha con la muchedumbre, llegó á la retirada pieza, en una de cuyas puertas vió, al entrar por la otra, al conde Luis, que no había cambiado de actitud y continuaba sombrío y en pie.

Paróse nuevamente Carlos para contemplar aquella extraña tristeza, más extraña aún en el anfitrión, que parecía haber dado á los demás toda su alegría y haberse reservado para sí los cuidados; luego se adelantó, y al ver que había emparejado con su amigo sin que el rumor de sus pasos hu-

biese sido parte á arrancarlo de su preocupación, le puso la mano en el hombro.

El landgrave se estremeció y volvió el rostro. Su espíritu y su pensamiento estaban tan profundamente abismados en un orden de ideas tan diferente al de aquel que venía á distraerlo, que miró por largo espacio y sin conocerlo á rostro descubierto, á aquel á quien, en otro tiempo, habría nombrado, con la visera calada, en medio de toda la corte del emperador. Pero Carlos pronunció el nombre de Luis y le tendió los brazos, y, roto el hechizo, Luis se echó en los de su hermano de armas, más como quien busca un refugio contra un gran dolor que no como amigo gozoso de recibir á un amigo.

Con todo eso aquel regreso inesperado pareció causar una venturosa distracción en el cuidadoso dador de aquella alegre fiesta; el cual condujo al recién llegado al extremo opuesto de la pieza, y, haciéndolo sentar en ancho sitial de encina coronado de un dosel de brocado de oro, tomó sitio junto á él; luego, escondiendo la cabeza en la penumbra y asiendo la mano á Carlos, le pidió que le contase cuanto pasado había durante la larga ausencia de tres años que los separara uno de otro.

Carlos explicó, con la prolijidad guerrera de un veterano, que las tropas inglesas, brabanzonas é imperiales, regidas personalmente por Enrique III, habían sitiado á Cambray, quemándolo y asolándolo todo; que los dos ejércitos se habían encontrado en Buironfosse sin combatir, porque en el momento de llegar á las manos se presentara un mensajero del rey de Sicilia, sapientísimo astrólogo, anunciando á Felipe de Valois que toda batalla que librara á los ingleses y en la cual mandara Eduardo en persona le sería fatal,—predicción que se realizó más adelante en Crecy;—y, por último, que se ha-

bían pactado treguas, en el llano de Esplechin, entre los dos reyes rivales, y esto, como hemos dicho, á petición y ruego de Juana de Valois, hermana del rey de Francia.

El landgrave escuchó á su amigo con silencio que hasta cierto punto podía pasar por atención, aunque de tiempo en tiempo se hubiese levantado con inquietud visible para ir á lanzar una mirada á la sala de baile; pero como cada vez tornara á su sitio, el narrador, momentáneamente interrumpido, no dejó de continuar su relato, comprendiendo la necesidad en que se halla el dueño de una casa de seguir con los ojos el orden de la fiesta que da, á fin de que no falte cosa alguna que pueda hacerla agradable á los convidados.

Sin embargo, atento que en la última interrupción el landgrave no volvía al lado de su amigo, éste se levantó y acercóse nuevamente á la puerta del baile por la cual entraba en aquel pequeño, retirado y sombrío aposento una oleada de luz. Ahora Luis le oyó, pues levantó el brazo sin volver la cabeza.

Carlos tomó el sitio indicado por aquel ademán, y el landgrave dejó caer su brazo sobre el hombro de su hermano de armas, á quien estrechó convulsivamente contra su pecho.

Era evidente que el corazón de Luis sostenía una lucha terrible y secreta; sin embargo, Carlos, por más que se hacía todo ojos, en medio de aquella alegre muchedumbre que ante él giraba no veía nada que pudiese indicar la causa de tal emoción, emoción demasiado patente para que un amigo tan devoto como el conde no la advirtiera y sintiese alguna inquietud. Con todo eso, Carlos, comprendiendo que el primer deber de la amistad es la religión del secreto en lo que la amistad quiere

ocultar, no dijo palabra; pero como en los corazones acostumbrados á adivinarse hay nexos simpáticos, el landgrave, comprendiendo aquel silencio íntimo, miró á su amigo, se pasó la mano por la frente, lanzó un suspiro, y, tras un postrer instante de vacilación, dijo con voz sorda y mostrando con el dedo á su hijo:

—Carlos, ¿no te parece que Otón se parece por manera estupenda á aquel joven señor que danza con su madre?

El conde Carlos se estremeció á su vez. Aquellas contadas palabras fueron para él lo que para el viajero extraviado en el desierto un relámpago en medio de las tinieblas de la noche; á su tormentosa luz, por fugaz que hubiese sido, vió el precipicio, y sin embargo, por mucha que fuese su amistad para con el landgrave, el parecido entre el adolescente y el hombre era tan portentoso, que el conde no pudo menos que responderle, aunque adivinaba la importancia de su respuesta:

—Es verdad, Luis, cualquiera diría que son hermanos.

Sin embargo, apenas hubo vertido estas palabras, cuando, sintiendo que su amigo, en quien estaba apoyado, se estremecía, añadió:

—Y en último resultado, ¿qué?

—Nada, respondió con voz sorda el landgrave; pero quise conocer tu opinión respecto del particular. Ahora ven y cuéntame el final de tu campaña.

Dijo Luis, y condujo á su amigo al mismo sitio en que aquél empezara su relato, y en el que ahora dió fin á él sin ser interrumpido.

Apenas cesó de hablar el conde, cuando en la puerta por la cual éste entrara pareció un hombre. Al verlo, Luis se levantó con presteza, se le acercó, y cruzó con él algunas palabras en voz tan queda,

que Carlos no pudo oírlas. Sin embargo, el conde echó de ver fácilmente, en los ademanes de ambos interlocutores, que se trataba de una comunicación importantísima, y de ello se convenció tanto más cuando vió que el landgrave emparejaba nuevamente con él con rostro más sombrío que antes.

—Carlos, dijo Luis, pero ahora sin sentarse, después de una jornada tan larga como la que has hecho hoy, debes de tener más necesidad de reposo que no de bailes y fiestas. Voy á hacer que te conduzcan á tu habitación. Buenas noches; mañana volveremos á vernos.

Comprendió Carlos que su amigo descaba estar solo, y, levantándose, le estrechó la mano y le interrogó por última vez con la mirada; pero por toda respuesta el landgrave le dirigió una de esas tristes sonrisas que indican al corazón de un amigo que aun no ha llegado la hora de confiarle el depósito sagrado que reclama.

Carlos indicó al landgrave, por medio de un postrer apretón de manos, que á todas horas podía contar con él, y se retiró á la habitación que le estaba destinada, y á la cual, pese á su alejamiento, llegaba el rumor de la fiesta.

El conde se acostó con el alma llena de ideas tristes y el oído lleno de sonidos alegres; singular contraste que durante algún tiempo y por su lucha mantuvo alejado al sueño. Con todo eso la fatiga venció á la inquietud, y el cuerpo al espíritu. Poco á poco, los pensamientos y los objetos fueron ofuscándose, entumeciéronse los sentidos, y se le cerraron los ojos. Sin embargo, entre aquel momento de soñolencia y el sueño real hubo todavía un intervalo semejante al del crepúsculo que separa de la noche el día, intervalo singular é indescriptible durante el cual la realidad se confunde con el sue-

ño, por manera que no hay sueño ni realidad; luego el cuerpo del conde quedó en el más profundo reposo.

Había pasado el conde tanto tiempo bajo una tienda de campaña y sin despojarse de sus arneses de guerra, que cedió con voluptuosidad á los dulzores de una mullida cama, tanto, que al despertarse, en la claridad conoció que el sol debía estar ya bastante alto sobre el horizonte. Pero al punto se le ofreció á la mirada y atrajo toda su atención un espectáculo inesperado que le recordó la escena de la víspera. El landgrave estaba sentado en un sillón, inmóvil y con la cabeza inclinada hasta el pecho, como si esperara el despertar de su amigo, y sin embargo su divagación era tan honda, que no advirtió el despertar del conde. El cual miró por un instante al landgrave, y, al ver que por las sumidas y pálidas mejillas de aquél rodaban dos lágrimas, no pudo por más tiempo irse á la mano.

—¡Luis! ¡Luis! exclamó el conde, tendiendo los brazos á su amigo, por favor te lo ruego, ¿qué pasa?

—¡Ay! respondió el landgrave, pasa que me he quedado sin mujer y sin hijo.

Y levantándose penosamente y tambaleándose como un borracho, Luis se echó en los brazos que el conde abrió para recibirlo.

II

Para la mayor inteligencia de los hechos que van á desenvolverse, es menester que el lector consienta en remontarse con nosotros á lo pasado.

Hacia diez y seis años que el landgrave estaba casado con la hija del conde de Ronsdorf, muerto en 1316, durante las guerras entre Luis de Baviera, de quien abrazara la causa, y Federico el Hermoso de Austria, cuyas propiedades estaban situadas en la margen derecha del Rin, más allá y al pie de la sierra llamada de las Siete Montañas. La viuda de Ronsdorf, mujer espejo de virtudes y de reputación sin mancha, quedó entonces viuda con su hija única de cinco años de edad; pero como era de linaje principesco, durante su viudez sostuvo el primitivo esplendor de su casa, por manera que su séquito continuó siendo uno de los más elegantes de los circunvecinos castillos.

Algún tiempo después de la muerte del conde, la casa de la viuda de Ronsdorf se aumentó de un joven paje, hijo, decía aquélla, de una su amiga muerta sin bienes de fortuna.

Era, el paje, un hermoso niño que apenas tenía

tres ó cuatro años más que Emma; y, en esta ocasión, la condesa no desmintió su fama de generosa bondad.

La condesa de Ronsdorf recibió al huerfanito como á un hijo, lo educó junto á Emma, y compartió con ésta las caricias de la viuda, pero por manera tan equitativa, que hubiera sido difícil decir cuál de los dos era el hijo de sus entrañas ó el adoptivo.

Crecieron uno junto al otro Emma y el paje, y no pocos decían que el uno para el otro, cuando, con profunda admiración de la nobleza de las orillas del Rhin, el joven conde Luis de Godesberga, entonces de diez y ocho años de edad, fué prometido á la pequeña Emma de Ronsdorf, que sólo tenía diez; si bien el anciano margrave y la viuda pactaron que los prometidos tardarían aún cinco años en ser esposos.

Entretanto, Emma y Alberto, el paje, iban creciendo y convirtiéndose, el uno en gallardísimo caballero, y en graciosa doncella la otra.

Por lo demás, la condesa de Ronsdorf había vigilado cuidadosamente los progresos de la amistad de Emma y Alberto, y visto con íntimo gozo que, por vivo que fuese su mutuo afecto, no asumía ninguno de los caracteres del amor.

Emma cumplió los trece, y Alberto los diez y ocho; queremos decir que sus corazones iban á abrirse, como el capullo de una rosa, al primer soplo de la adolescencia: aquel era el momento temido de la condesa; la cual por desgracia enfermó precisamente entonces, cuando apenas le zumbaban los treinta y cuatro de su edad.

Todos opinaron que el vigor de la juventud triunfaría de la tenacidad de la dolencia; pero se engañaron: la condesa estaba herida de muerte.

Conociéndolo así ella misma, envió por su médico, y le interrogó con tanta insistencia y tanta firmeza, que aquél no pudo menos de responderle que la ciencia de los hombres era insuficiente, y que no le cabía esperar sino en los socorros del cielo. La condesa recibió la nueva como cristiana, hizo venir á Emma y á Alberto, les ordenó que se arrodillaran al pie de la cama, y, en voz remisa y sin más testigo que Dios, les reveló un secreto que nadie oyó. Lo único que notaron con extrañeza los que en la hora de la agonía la rodeaban, fué que en vez de ser la moribunda la que bendijera á Alberto y á Emma, fueron éstos los que bendijeron á la condesa y, al parecer, le perdonaron anticipadamente en la tierra una falta de la que aquélla iba indudablemente á recibir la absolución en el cielo.

La condesa murió el día mismo en que hiciera su confidencia, y Emma, á quien todavía le faltaba un año para casarse, fué á pasarlo en el convento de Nonenwerth, erigido en medio del Rhin, en una isla del mismo nombre frontera de la aldehuela de Honnef. En cuanto á Alberto, quedóse en Ronsdorf, y el dolor que mostró por la pérdida de su bienhechora igualó al que hubiera sentido por la muerte de una madre.

Trascurrió el tiempo fijado. Emma había cumplido los quince, y en medio de sus lágrimas continuado floreciendo en su isla santa como una de esas frescas rosas de las aguas que flotan en la superficie de los lagos, aljofaradas por el rocío. Luis recordó al anciano landgrave el compromiso contraído por la viuda y ratificado por su hija; y es que, de un año á aquella parte, el doncel había dirigido constantemente sus paseos hacia el Rolandwerth, hermosa colina que domina al río y desde la cúspide de la cual se descubre, tendida á sus

pies y cortando la corriente como pudiera hacerlo la proa de una nave, la graciosa isla en medio de la cual se levanta todavía el monasterio, hoy convertido en posada.

Allí pasaba Luis largas horas con la mirada puesta en el claustro para extasiarse en la contemplación de una doncella á la cual conocía en sus hábitos de novicia, hábitos de los que pronto iba á despojarse. Aquella novicia venía con frecuencia á sentarse á la sombra de los árboles que orillan el Rhin, y allí pasaba, como Luis en la colina, largas horas inmóvil y abismada en una divagación que tal vez obedecía á la misma causa que atraía á Luis. No era pues de admirar que el doncel fuese el primero en recordar que el luto había expirado, y que hiciese presente al landgrave que, por favorable acaso, aquella fecha correspondía con la fijada para la celebración de sus bodas.

Por una como convención tácita, todos miraban á Alberto, que entonces apenas tenía veinte años, pero que siempre se hiciera notar por una gravedad superior á sus años, como tutor de Emma; á Alberto pues fué á quien el landgrave recordó que había llegado el tiempo de cambiar los vestidos de luto por los de fiesta. Alberto se encaminó hacia el convento, y dijo á Emma que el joven Luis reclamaba el cumplimiento de la promesa hecha por su madre. Emma se ruborizó y, tendiendo la mano á Alberto, le respondió que estaba pronta á seguirlo adonde la condujera.

El viaje no era largo, sólo había que atravesar la mitad de la anchura del Rhin y caminar dos leguas á lo largo de sus márgenes; no era pues el trayecto el que debía retardar el momento tan deseado por el joven conde. Así es que tres días después de haber cumplido quince años, Emma, acom-

pañada de un séquito digno de la heredera de Ronsdorf, y conducida por Alberto, fué puesta en manos de su señor y dueño el conde Luis de Godesberga.

En medio de la felicidad más completa trascurrieron dos años, durante los cuales la joven condesa echó al mundo un hijo al que pusieron por nombre Otón. Alberto, que en la de Luis hallara una nueva familia, había pasado aquellos dos años tan pronto en Ronsdorf como en Godesberga, y durante ellos, llegado á la edad en que un hombre de noble linaje debe hacer sus primeras armas. En consecuencia, entró de escudero en las filas del ejército de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, uno de los más valerosos caballeros de su tiempo, y le siguió al sitio de Cassel, adonde fué á prestar su valioso concurso al rey Felipe de Valois, que tomara á pechos el reponer al conde Luis de Crecy en sus Estados, de los que lo lanzaran los flamencos.

Alberto se halló pues en la batalla en que estos últimos fueron diezmados bajo los muros de Cassel, y no obstante ser aquella la primera vez que combatía, hizo tal estrago entre los villanos, que Juan de Luxemburgo lo nombró caballero en el mismo campo de batalla. Por lo demás, la victoria fué tan decisiva, que de golpe terminó la campaña. Pacificada pues Flandes, Alberto regresó al castillo de Godesberga, orgulloso de mostrar á Emma su cadena de oro y sus espuelas.

Al llegar Alberto, el conde estaba ausente para el servicio del emperador; invadida por los turcos la Hungría, el landgrave, al llamamiento de Luis V, partió con su hermano de armas el conde Carlos de Homburgo. No por esto fué Alberto menos bien recibido en el castillo de Godesberga, donde pasó

unos seis meses, hasta que, fatigado de su inacción y al ver que los soberanos de Europa vivían casi en paz entre sí, partió para pelear contra los sarracenos de España, á quienes el rey de Castilla Alfonso XI hacía la guerra. En España Alberto hizo prodigios de valor combatiendo contra Muley Mohamed; pero gravemente herido ante los muros de Granada, volvióse nuevamente á Godesberga, donde ahora halló al marido de Emma, que acababa de tomar posesión del título y de los bienes del antiguo landgrave, muerto á principios de 1332.

Otón, que se desarrollaba á ojos vistas, era un hermoso niño de cinco años, rubio, sonrosado y de ojos garzos.

El regreso de Alberto fué una fiesta para toda la familia, y en particular para el niño, que le quería entrañablemente. Alberto y Luis sintieron profundo gozo al verse de nuevo; los dos venían de combatir contra los infieles, el uno en el mediodía, y en el norte el otro; los dos habían sido vencedores, y ambos hecho acopio de relatos para las largas veladas del invierno: así es que pasó un año como un soplo; pero al cabo del año, Alberto volvió á ceder á su carácter aventurero, y visitó las cortes de Francia y de Inglaterra, siguió al rey Eduardo en su campaña contra Escocia, y rompió una lanza con Jacobo Douglas; luego, revolviéndose contra Francia, contribuyó á la toma de la isla de Cadsant en compañía de Gualtero de Mauny, y, ya en el continente, hizo una visita á sus antiguos amigos, queremos decir que por tercera vez entró en el castillo de Godesberga, en el que encontró un nuevo huésped.

El cual era un pariente del landgrave, llamado Godofredo, quien, no teniendo nada que esperar de la fortuna paterna, intentó creársela por medio

de las armas. También Godofredo luchó contra los infieles, pero en la Tierra santa; y los lazos de parentesco, el renombre que adquiriera en la cruzada, cierto lujo indicativo de que su fe más obedeciera á la exaltación que al desinterés, le habían abierto las puertas del castillo de Godesberga como á un huésped distinguido; luego y á no tardar, ausentes otra vez Homburgo y Alberto, su sociedad se hizo casi indispensable al landgrave Luis, que lo retuvo á su lado cuando aquel quiso marcharse. Godofredo se había instalado pues en el castillo, no ya como huésped, sino como comensal.

La amistad, como el amor, tiene sus celos: ora fuese prevención, ya realidad, á Alberto le pareció notar que Luis lo recibía con más frialdad que de costumbre, y de ello se quejó á Emma, que á su vez le dijo que ella, por su parte, también advertía algún cambio en la manera como la trataba su marido.

Tras quince días de permanencia en Godesberga, y so pretexto que el castillo de Ronsdorf reclamaba su presencia para llevar á cabo en él reparaciones indispensables, Alberto atravesó el río y el pequeño desfiladero que separaban uno de otro los dos fundos.

Quince días después de su llegada á Ronsdorf, Alberto recibió nuevas de Emma, la cual le comunicaba que su marido, de amable y benévolo se había vuelto receloso y taciturno. Hasta el tierno Otón era víctima de las insólitas asperezas del landgrave, lo cual era tanto más sensible á la madre y al hijo, cuanto hasta entonces habían sido por parte de aquél objeto del más vivo y hondo afecto. "A proporción que disminuye este afecto, añadía Emma, Godofredo hace progresos tan singulares en el ánimo del landgrave, que no parece

sino que ha heredado parte de los afectos que éste nos ha retirado á mí y á mi hijo para ponerlos en un hombre que le es casi extraño.»

Alberto se dolió en su alma de ese odio de sí mismo que hace que el hombre dichoso busque, cual si su dicha le molestara, todos los medios de moderarla ó extinguirla como haría con un fuego excesivamente vivo al calor del cual temiese ver consumirse su corazón.

En este estado las cosas, Alberto recibió, como toda la nobleza de las cercanías, una esquila de convite para asistir á la fiesta que el landgrave de Godesberga daba en celebración del cumpleaños de Otón, que había llegado á los diez y seis de su edad.

Aquella fiesta, al fin de la cual hemos introducido á nuestros lectores en el castillo, producía, como hemos dicho, singular contraste con la tristeza del que la daba; y es que desde el principio del baile, Godofredo había hecho notar al landgrave, como si aquella fuese la primera vez que el fenómeno le llamara la atención, el notable parecido entre Otón y Alberto.

En efecto, además de la flor de juventud que brillaba en el rostro del adolescente y que el sol de España había tostado en el joven, Otón y Alberto eran igualmente rubios, y tenían ambos garzos los ojos, y aun en ciertas expresiones de fisonomía su parecido indicaba de tal suerte la misma sangre, que no podía menos de echarse de ver entre ellos por poco que uno fijara la atención.

Aquella revelación fué una puñalada para el landgrave, que, dicho sea de paso, hacía ya algún tiempo y gracias á Godofredo, sospechaba de la pureza de relaciones entre Emma y Alberto; pero lo más punzante para el conde era el imaginar que

aquellas relaciones culpables ya existían antes de la boda; lo que más le taladraba el corazón y le quitaba casi el juicio, era pensar que Otón, á quien tanto amara, era hijo del adulterio. Aquel fué el momento en que, como expuesto queda, llegó el conde Carlos, y ya hemos visto como éste, arrastrado por la verdad, había acibarado todavía más el dolor de su desventurado amigo confesando que el parecido entre Alberto y Otón era incontestable; sin embargo, como hemos visto, Carlos se retiró sin dar á la tristeza de Luis toda la importancia que verdaderamente adquiriera.

El sujeto que vino á hablar tan misteriosamente al landgrave, en el aposento en que aquél se retirara con Carlos, era Godofredo, el mismo cuya presencia levantara en el seno de aquella dichosa familia la primera nube que oscureciera el sol de su felicidad. Godofredo vino á decir al landgrave que, por las palabras que acababa de oír, estaba seguro de que Emma acababa de dar una cita á Alberto, que aquella noche misma debía partir para Italia con objeto de tomar el mando de un cuerpo de tropas que allí enviaba el emperador. Por lo demás, era fácil adquirir la certidumbre de aquella traición, pues el lugar de la cita era una de las puertas del castillo, para llegar á la cual, Emma debía atravesar en toda su longitud el jardín.

Ya en la vía de las sospechas, no hay quien se detenga; así es que el landgrave, deseando á toda costa adquirir una certeza, ahogó el generoso é insintivo sentimiento que á todo hombre de corazón le hace repugnante el oficio de espía, y entrando en su dormitorio con Godofredo, entreabrió la ventana y aguardó con ansiedad aquella última prueba que debía hacerle tomar una resolución definitiva.

Godofredo no se había engañado. A eso de las cuatro de la madrugada, Emma bajó la escalinata, atravesó furtivamente el jardín y se internó en un sotillo que ocultaba la puerta. Aquella desaparición duró unos diez minutos; luego Emma tornó hasta la escalinata en compañía de Alberto, en el brazo del cual iba apoyada.

El landgrave vió, á la luz de la luna, como Alberto y Emma se besaban, y aun le pareció notar en el trastornado rostro de su mujer las lágrimas que le hacía derramar la partida de su amante.

Luis, á quien desde aquel instante ya no le cupo la más leve duda, tomó al punto la resolución de alejar de sí á la esposa culpada y al hijo adulterino. A este efecto dió á Godofredo una carta para Emma conminando á ésta que siguiese al portador de la carta, y ordenó al capitán de los guardias que al amanecer arrestara á Otón y lo condujese á la abadía de Kirberga, inmediata á Colonia, para que trocara en ella el brillante porvenir del caballero por la estrecha celda del fraile.

Una hora hacía que Emma y Otón habían salido del castillo, la una para el monasterio de Nonenwerth y el otro para la abadía de Kirberga, cuando se despertó el conde Carlos, y, como va dicho, vió junto á sí á su antiguo amigo, parecido á una encina de la que el viento ha arrancado las hojas y el rayo desgajado las ramas.

El conde de Homburgo escuchó con grave y afectuosa atención el relato de Luis, y, una vez éste hubo concluido, y sin hacer ni decir cosa alguna para consolar al padre y al esposo, preguntó:

—¿Sancionarás lo que voy á hacer?

—Sí, respondió el landgrave; pero ¿qué puedes hacer tú?

—Esto es cosa mía, repuso el conde.

Y en abrazando á su amigo, Carlos se vistió, ciñó su espada, se salió del aposento, bajó á las caballerizas, ensilló á su fiel Hans, y volvió á tomar lentamente, ahora con ideas muy distintas, el camino en espiral que, el día antes, recorriera con tanta rapidez y alentando tan dulces esperanzas.

Llegado al pie de la colina, el de Homburgo tomó el camino de Rolandseck, y por él avanzó lentamente y abismado en meditación profunda; sin embargo, al llegar á una hondonada en el fondo de la cual se alzaba una ermita en la que estaba orando un sacerdote, miró á todas partes, y, viendo probablemente que el sitio era tal cual podía desearlo, se detuvo.

En esto, el sacerdote, que indudablemente había terminado sus oraciones, se levantó é iba partir, cuando Carlos le preguntó si había otro camino que condujese del convento al castillo, y al responderle aquél negativamente, le rogó que esperase, pues probablemente antes de poco un hombre iba á tener necesidad de su ministerio. El sacerdote echó de ver, en la voz sosegada del anciano caballero, que éste había dicho la verdad, y sin preguntar quién era el condenado, rogó por el que iba á morir.

Era el conde Carlos de Homburgo uno de aquellos tipos de la antigua caballería que ya empezaban á desaparecer en el siglo xv, y que Froissard describe con todo el cariño que siente el anticuario por las reliquias de lo pasado. Para él, todo dependía de la espada y de Dios, y, en su conciencia, el hombre estaba seguro de no errar remitiéndolo todo á su juicio. Ahora bien; el relato del landgrave le había suscitado algunas dudas respecto de las intenciones de Godofredo, dudas que la reflexión cambiara casi en certidumbre; por otra parte,

persona alguna, excepto aquel funesto consejero, había puesto nunca en tela de juicio el amor y la fidelidad de Emma para con su esposo. Carlos había sido amigo del conde de Ronsdorf como lo era del landgrave de Godesberga, y la honra de ambos formaba parte de la suya; á él pues le correspondía devolverles el brillo de aquélla, empañada momentáneamente por un calumniador. Resultado de esta resolución, sin decir nada á persona alguna tomó la de venir á aguardar á Godofredo en el camino que seguir debía, y hacerle confesar su traición ó arrancarle del cuerpo el alma, ó si menester fuere, hacer las dos cosas á un tiempo.

Homburgo caló la visera de su casco, hizo detener á Hans en medio del camino, y corcel y jinete permanecieron por espacio de una hora inmóviles como una estatua ecuestre. Por fin el conde vió parecer, en el extremo de la hondonada, á un jinete armado de punta en blanco, el cual, al ver guardado el paso, se detuvo; pero una vez cerciorado de que el que aguardándole estaba iba solo, se contentó con afirmarse en sus estribos y asegurarse de que su espada salía fácilmente de la vaina, y siguió adelante. Al llegar á pocos pasos del conde, Godofredo, al ver que aquél parecía dispuesto á no hacerse á un lado, se detuvo á la vez, y dijo:

—Caballero, ¿sois el señor de este sitio, y es vuestra intención cerrar el camino á los viandantes que por él pasan?

—No á todos, respondió Carlos, sino á uno solo, á un cobarde y traidor á quien tengo que pedir cuenta de su traición y de su cobardía.

—Como eso no reza conmigo, continuó Godofredo, hacedme la merced de retiraros á derecha ó á izquierda para que en el camino haya sitio para dos hombres iguales.

—Os engañáis, caballero, replicó el conde con el mismo sosiego; lo que he dicho reza con vos; y en cuanto á compartir el camino con un miserable calumniador, nunca lo hará un caballero noble y leal.

—Hermanos, exclamó entonces el sacerdote lanzándose entre los dos jinetes, ¿querriais acaso arrancaros vuestras vidas?

—Padre mío, respondió Carlos, ni ese hombre es mi hermano, ni estoy resuelto á que precisamente muera. Basta que declare que ha calumniado á la condesa de Godesberga, y lo dejo en libertad de ir á hacer penitencia adonde quiera.

—Como prueba de inocencia, replicó, echándose á reir Godofredo, que tomó por Alberto á Carlos, sólo le faltaba verse tan bien defendida por su amante.

—Os engañáis, repuso el jinete moviendo á uno y otro lado la cabeza, no soy el que vos os dais á entender, sino el conde Carlos de Homburgo, y contra vos me anima el odio que me inspiran todos los traidores y el desprecio que siento por todo calumniador. Confesad que habéis mentido, y estáis libre.

—Este es negocio que debe ventilarse entre Dios y yo, respondió Godofredo soltando una carcajada.

—Pues Dios sea juez, exclamó el conde aparejándose para el combate.

—Amén, replicó Godofredo calando con una mano su visera y desenvainando con la otra su espada.

El sacerdote anudó sus oraciones.

Godofredo era valiente, y de su bravura había dado más de una prueba en Palestina; pero entonces combatía por Dios, no contra Dios. Así pues,

aunque la lucha fué larga y encarnizada, aunque Godofredo era hombre de armas valeroso y hábil, no pudo resistir á la fuerza que la conciencia de su derecho daba al conde Carlos, y cayó á impulsos de una terrible estocada que le entró por la coraza y le penetró profundamente en el pecho. En cuanto al caballo de Godofredo, asustado por la caída de su amo, se volvió por donde viniera y á no tardar desapareció tras la cúspide de la hondonada.

—Padre mío, dijo tranquilamente el conde Carlos al sacerdote, que temblaba de terror, parece que no tenéis tiempo que perder si queréis llenar vuestro santo ministerio. Esa es la confesión de que os he hablado; apresuraos á recibirla.

Dichas estas palabras, el conde envainó y recobró su monumental quietud.

El sacerdote se acercó al moribundo, que se levantara sobre una rodilla y una mano, pero que no pudo hacer más, y le quitó el casco. El herido estaba pálido y con los labios llenos de sangre; al ver lo cual, Carlos se dió á entender que aquél no podría hablar; pero no, Godofredo se sentó, y el sacerdote, arrodillado junto á él, escuchó la confesión que el mal herido caballero le hizo en voz baja y entrecortada. Al llegar al fin de ella, Godofredo sintió llegar la muerte, y, con ayuda del sacerdote, se arrodilló, levantó hacia el cielo las manos, y por tres veces repitió:

—¡Señor, perdonadme!

Pero á la tercera exhaló un profundo suspiro y cayó inerte. Estaba muerto.

—Padre mío, dijo Carlos al sacerdote, ¿no estáis autorizado para declarar la confesión que acabáis de recibir?

—Sí, pero á una sola persona, respondió el sacerdote: al landgrave de Godesberga.

—Subíos pues sobre mi caballo y vamos á verlo, continuó Carlos echando pie á tierra.

—¿Qué hacéis, hermano mío? profirió el sacerdote, acostumbrado á viajar de una manera más humilde.

—Subíos, subíos, padre mío, insistió el conde; no se dirá que un pobre pecador como yo ha ido á caballo mientras un ministro de Dios andaba á pie.

El conde ayudó al sacerdote á subirse sobre la silla, y por más que el humilde jinete se resistió, lo condujo por las riendas hasta el castillo de Godesberga. Una vez en el cual, Carlos, contra su costumbre, puso á Hans en manos de los criados, y acompañó al sacerdote á presencia del landgrave, á quien encontró en el mismo aposento, en el mismo sitio y sentado en el mismo sillón, nó obstante haber transcurrido siete horas desde que él saliera del castillo. Al ruido que hicieron los recién llegados, el landgrave levantó su descolorida frente y los miró con extrañeza.

—Hermano, dijo Carlos á Luis, aquí está un digno siervo de Dios, que tiene que revelarte una confesión *in extremis*.

—¿Quién ha muerto? exclamó el landgrave pali-deciendo todavía más.

—Godofredo, respondió Carlos.

—¿Quién lo ha matado? murmuró Luis.

—Yo, dijo el conde.

El cual se retiró con todo sosiego, cerrando tras sí la puerta y dejando al landgrave solo con el sacerdote.

He aquí lo que el ministro de Dios contó á Luis:

Godofredo había conocido en Palestina á un caballero alemán de las cercanías de Colonia, llamado Ernesto de Huningen, hombre grave y austero,

que hacía quince años ingresara en la orden de Malta, y tenía fama por su religión, su lealtad y su valor. Godofredo y Ernesto combatían uno junto al otro en San Juan de Acre, cuando el primero, al ver que el segundo caía mortalmente herido, lo hizo conducir fuera del campo de batalla y volvió contra el enemigo, hasta que, terminada la batalla, entró en su tienda para mudar de traje; pero apenas hubo puesto los pies en ella, vinieron á anunciarle que Ernesto de Huningen estaba en el último trance y descaba verlo antes de morir. Godofredo halló al herido pábulo de ardorosa fiebre que á poco debía consumir el resto de su vida; y como Ernesto conocía la gravedad de su estado, explicó en suscitadas palabras á su amigo qué favor esperaba de él. Ernesto, á la edad de veinte años, había amado á una doncella que correspondió á sus amores; pero segundón y sin títulos ni hacienda, no pudo casar con ella. Los amantes, desesperados, olvidáronse de que nunca podrían ser esposos, y nació un hijo que no podía llevar el nombre de ninguno de los dos. Algún tiempo después, la joven se vió constreñida por sus padres á casar con un señor noble y rico. Ernesto partió, se detuvo en Malta para pronunciar sus votos, y de entonces más guerreó en Palestina, recompensando Dios su valor, pues después de vivir santamente, murió como un mártir. Ernesto entregó á Godofredo un papel, que no era sino la donación de cuanto poseía á su hijo Alberto: unos sesenta mil florines. En cuanto á la madre, como muriera hacía unos diez años, Ernesto se dió á entender que podía revelar su nombre para que á Godofredo le sirviese de guía en sus pesquisas. Era la condesa de Ronsdorf. Godofredo regresó á Alemania con la intención de cumplir la última voluntad de su

amigo; pero al llegar á casa de su pariente el landgrave, y al informarse del estado de las cosas, á la primera mirada vió todo el provecho que podía sacar de tal secreto. El landgrave tenía un hijo, y, alejados Emma y Otón, Godofredo quedaba heredero único del conde.

Ya hemos visto de qué manera había puesto Godofredo este plan en ejecución, en el momento en que se encontró con el conde Carlos de Homburgo en la hondonada de Rolandswerth.

—¡Carlos! ¡Carlos! exclamó el landgrave encaminándose apresuradamente y como un insensato hacia el corredor donde lo aguardaba su hermano de armas; ¡Carlos! ¡no era su amante! ¡era su hermano!

Luis dió sin tardanza orden de que condujeran nuevamente á Godesberga á Emma y á Otón, y al efecto partieron dos mensajeros, el uno río arriba, y río abajo el otro.

Durante la noche regresó el primero; pero Emma, desdichada hacía largo tiempo, ofendida la víspera, pidió que le dejasen acabar sus días en el monasterio en que pasara su juventud, y añadió que en caso necesario invocaría la inviolabilidad del lugar.

Al reír el alba regresó el segundo mensajero acompañado de los hombres de armas que debían conducir á Otón á Kirberga; pero Otón no estaba entre ellos. ¿Qué había pasado? Que al descender por la noche el Rhin, el doncel, que sabía con qué intención se lo llevaban, aprovechó la ocasión en que los tripulantes estaban ocupados en dirigir la barca en un paraje en que la corriente era rápida, para lanzarse al río y desaparecer en sus profundidades.